

res que te responda! que aunque yo soy Rey, los de mi reyno quieren y es su voluntad daros guerra: ¿qué les puedo yo hacer? porque si nuestro voluntad de estorballa, pongo mi vida á riesgo y la de todos mis hijos: están enojados y furiosos contra vosotros y piden que seays destruydos. Respondió *Tlacaelel*: pues, señor, tu siervo el Rey de México te inuia á esforçar y que tengas ánimo y esfuerço y que te aparejes y apercibas, porque desde a ora te desafia á tí y á tu gente y se da por vuestro mortal enemigo, y que ó él ó su gente a de quedar muertos en el campo y por perpetuos esclavos, ó vosotros; que despues te pesará de auer empeçado cosa con que no has de salir. Tambien me mandó te untase y ungiase con esta uncion de muertos para que te aparejes para morir, y te da estas armas y estas rodela y flechas con esta rodela, y me mandó que yo por mi mano te ungiase y te armase y adereçase.

El rey se permitió ungir y armar de mano de *Tlacaelel*: despues de vestido y adereçado, le dixo diese de su parte al Rey *Itzcoatl* las gracias, y mandó á los de su palacio hiciesen un portillo por detras de su casa por donde *Tlacaelel* saliese, diciéndole: hijo *Tlacaelel*, no salgas por la puerta de la calle, porque te hago sauer que te están esperando para matarte: yo e mandado hacer un portillo por las espaldas de mi casa, por donde puedes salir seguro y irte á tu ciudad; pero porque no vayas sin hacerte mercedes, por el amistad que has mostrado y señales de valeroso, toma estas armas y esta rodela y espada con que te defiendas de los que te quiesieren hacer mal; y vistiólo de todo aquello y imbiólo el rey: dió las gracias y salió por detras de la casa, y escondiéndose por sendas secretas y no usadas, vino hasta dexar las guardas atras.

Ya que se vido en términos de México, mostróse á los cintinelas y díxoles: ah tepanecas, ah escaputzcalcas, y qué mal haceis vuestro oficio de guardar la ciudad; pues aparexaos, que no a de auer escaputzcalco en el mundo, porque pedaço de piedra sobre piedra no a de quedar en él, ni hombre ni muger, que todos á fuego y á sangre no perezcais: por eso aperçebios que de parte del rey de México, *Itzcoatl*, y de los de la ciudad, os desafia á todos. Ellos, oyendo lo que *Tlacaelel* les decia, espantados por dónde uiesese salido, arremetieron á él para querelle matar; mas él haciéndoles ros-

tro á todos, antes que se le desenvoluiesen mató algunos dellos, y viendo que se juntaba gente, se fué retirando dellos con ánimo valeroso hasta la entrada de su ciudad, donde le dexaron y revolviéron á hacer su guarda.

Sauido ya por los de México cómo ya la guerra estaua publicada y que no se podia dexar de hacer y efetuar, la gente comun, temerosa, empeçó á temer y hacer lástimas y á pedir á los señores y al rey los dexase salir de la ciudad. Los señores consolóndolos, y el rey en persona les dixo: no temais, hijos mios, que aquí os pondremos en libertad sin que os haga mal ninguno. Ellos replicaron, ¿y si no salieredes con ello, qué será de nosotros? si no saliéremos con nuestro yntento nos pondremos en vuestras manos, dixeron ellos, para que nuestras carnes sea mantenimiento vuestro, y allí os vengeis de nosotros y nos comais en tiestos quebrados y sucios, para que en todo nosotros y nuestras carnes sean infamemente tratadas. Ellos respondieron, pues mirá que así lo emos de hacer y cumplir, pues vosotros mismos os dais la sentencia; y así nosotros nos obligamos, si salis con vuestro intento, de os seruir y tributar y ser vuestros terrasgeros y de edificar vuestras casas y de os seruir como á verdaderos señores nuestros, y de os dar nuestras hijas y hermanas y sobrinas para que os siruais dellas, y quando fuéredes á las guerras de os llevar vuestras cargas y bastimentos y armas á cuestras, y de os seruir por todos los caminos por donde fuéredes; y finalmente, vendemos y sujetamos nuestras personas y bienes en vuestro seruicio para siempre. Los principales y señores viendo á lo que la gente comun se ofrecia y obligaua, admitieron el concierto, y tomándoles juramento de que así lo cumplirian, ellos lo juraron. Entonces *Tlacaelel* contó á todos los señores lo que en Azcaputzcalco le auia pasado, y dixo al rey cómo ya no auia qué esperar, porque el rey le auia dado resolucion y mandado no voluiésemos allá, sino que quisiesen lo que á su salud convenia, y que esto era lo último que en su parecer auia.

Visto por el rey, mandó á *Tlacaelel* el que luego mandase apercibir gente y ponerla en orden, lo qual fué hecho con toda diligencia posible. Puestos en orden dieron las capitanías de la gente á todos los hijos de los Reyes pasados, así hermanos como sobrinos

del Rey *Itzcoatl* y á los mas principales deudos suyos. Puestos en sus escuadrones y ordenança, el Rey hizo una plática á todo el ejército, esforçándoles á morir ó vencer, poniéndoles por delante el nombre que siempre la nacion mexicana auia tenido en este mundo; y pues <sup>1</sup> aquel era el primer combate, que para salir con honra y hacerse temer y temblar á las demas naciones, era aquel: que nadie no desmayase, que la mucha gente de los tepanecas que llegauan hasta los montes no hacia al caso, sino el ánimo varonil. Y así mandó que todos siguiesen á su capitán, acudiendo á donde vieses auer mas necesidad, y que ninguno echase pié adelante si no fuese mandado. Y con esto empezaron á marchar ácia Azcaputzalco con mucha órden y concierto.

Llegados á un lugar que se dice *Xoconochnopallitlan*, los de Azcaputzalco los salieron al encuentro con buena ordenança, llenos de grandes riqueças de oro, plata, joyas y plumería que por deuisas y armas trayan en las rodelas y á cuestras en las espaldas. Los mexicanos, como los vieron, cobrando ánimo y fuerzas *Tlacaelel*, que como general de aquella gente mexicana daua la industria de la guerra, mandó á todos los capitanes y señores y mancebós, que mostraban deseos de la guerra, que puestos en un alto, oida la señal del tambor, arremetiesen á los enemigos, y que la demas gente comun y soldados de poco ánimo, se estuviesen quedos, y que el rey los tuviese á punto para su tiempo, mandándoles que si los enemigos fuesen de vencida, se fuesen allegando poco á poco en su ordenança ácia la ciudad de Azcaputzalco.

Apregonado lo dicho en el ejército y los señores, todos puestos en ala contra los azcaputzalcos, con sus rodelas y espadas, el rey *Itzcoatl* tocó un pequeño atambor que á las espaldas traya, al son del qual alçaron los mexicanos todos los del ejército tan gran vocería y silbos y otras algaçaras, que pusieron gran temor en toda la gente contraria, y arremetiendo los señores y todos los que estauan en ala, con ánimo invencible, mezclándose con los de Azcaputzalco, hirieron á diestro y á siniestro, sin órden ni concierto,

<sup>1</sup> El período que sigue es mas correcto y claro en el *Anónimo* citado; dice así:—"y que mirasen que aquel era el primer combate y muy buena ocasion para salir con gran honra y hacer temer y temblar las demas naciones: que nadie, etc."

empezaron apellidar México México, y de tal suerte los alborotaron, que empezaron á perder el órden que trayan y á desbaratarse, cayendo mucha gente de la comun muerta, dándose los mexicanos tanta priesa y maña en los herir, que empezaron los azcaputzalcos á retirarse á su ciudad y los mexicanos <sup>1</sup> ganándoles tierra. Algunos del ejército mexicano que hasta entonces auian estado con algun temor y cobardía, viendo que los suyos prebalecian, empezaron á salir, cevados de la codicia melitar, y á mezclarse entre los enemigos, de suerte que unos tras otros iban cevando de gente poco á poco su escuadron, que los azcaputzalcos no pudiéronles <sup>2</sup> resistir empezaron á desamparar el campo y a meterse en su ciudad. *Tlacaelel*, general de aquel ejército mexicano, empezó á apellidar vitoria, entrando tras ellos en la ciudad, matando y hiriendo sin piedad ninguna. Entonces el rey mandó á todo el resto del ejército que con él auia quedado, que asolasen el pueblo y quemasen las casas, y que no perdonasen á viejo ni niño, hombre ni muger y que robasen y saqueasen todo lo que en ella allasen, lo qual sin ninguna lástima, antes con la mayor crueldad del mundo, fué hecho y executado; no dexando casa en yesta <sup>3</sup> ni hombre ni muger ni niño á vida, saluo los que huyendo se auian acoxido á los montes y collados.

Los mexicanos, siguiendo su vitoria como perros encarniçados, llenos de furor y ira los siguieron hasta metellos en los montes, donde los azcaputzalcos, postrados por tierra, rindieron las armas prometiéndoles tierras y de hacelles y labralles casas y simenteras y de ser sus perpetuos tributarios; de dalles piedra, cal y madera y todo lo que para su sustento uviesen menester de maíz, frisoles, chíá y chile y de todas las legumbres y semillas quellos comen. Ellos <sup>4</sup> apiadándose dellos el general *Tlacaelel*, mandó cesar el alcance y recoger su gente, haciendo jurar á los de Azcaputzalco que cumplirían lo que prometian, los quales así lo juraron y prometieron. De allí se voluieron los mexicanos vitoriosos y alegres á su ciudad con muchas riqueças y despojos que en la ciudad allaron,

<sup>1</sup> á seguirlos. (Origen, etc.)

<sup>2</sup> No pudiéndoles resistir.

<sup>3</sup> enhiesta, ó en pié.

<sup>4</sup> Parece redundante esta palabra. En el *Anónimo* se lee: "Teniendo lástima dellos etc."